

mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.—¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pages, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mesmo Héctor el Troyano, no dejarán de echarnos un vos vuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. O gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor y estas nuestras barbas duran ¡guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.



CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LEGÓ en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya danza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole, que pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvages dijo:—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.—Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero, y el salvage prosiguió diciendo:—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fuese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido, y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote:—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas, sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage.—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin, ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y

á todas estas dueñas rasas y mondás.—Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante en ninguna manera: y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires: y ¿qué dirán mis insulanos, cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente, que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme gobernador. A lo que el Duque dijo:—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido, no es movable ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudarán de donde está á tres tiro-nes: y pues vos sabéis que sé yo, que no hay ningun género de oficio destes de mayor cantía, que no se grangée con alguna suerte de cohecho¹, cual mas cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno, es que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ahora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma, y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.—No mas, señor, dijo Sancho: yo soy un pobre escudero y no puedo llevar á costas tantas cortesías: suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avisenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á Nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi:—Sancho, bien podeis encomendaros á Dios ó á quien quisiéredes,

¹ Estos cohechos eran tan públicos en tiempo de Cervantes, que como insinúa aquí lo sabían los grandes y no los ignoraban los pequeños, como eran el Duque y Sancho.

que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.—Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.—Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos, aquí, Sancho, que con licencia destes señores os quiero hablar aparte dos palabras: y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo:—Ya ves, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios: y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y treientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas.—Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quijote respondió:—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto eres hombre verídico.—No soy verde, sino Moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo Don Quijote:—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia: y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña, no la podrá escurecer malicia alguna.—Vamos, señor, dijo Sancho: que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.—Así es la verdad, replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida

que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir y dijo:—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera, que los griegos presentaron á la diosa Pálas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya, y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.—No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere. Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentía, y así sin mas altercar subió sobre Clavileño y le tentó la clavija que fácilmente se rodeaba, y como no tenia estribos y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada, ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuese posible le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño.—A esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez, ni ningun género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer, era ponerse á mugeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza. Hizolo así Sancho, y diciendo—“á Dios,” se dejó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo, que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostres y sendas Ave Marías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese, cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo Don Quijote:—Ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias; y yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Piérres que oprimió este mesmo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia.—Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios, ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna region de diablos que den con nosotros en

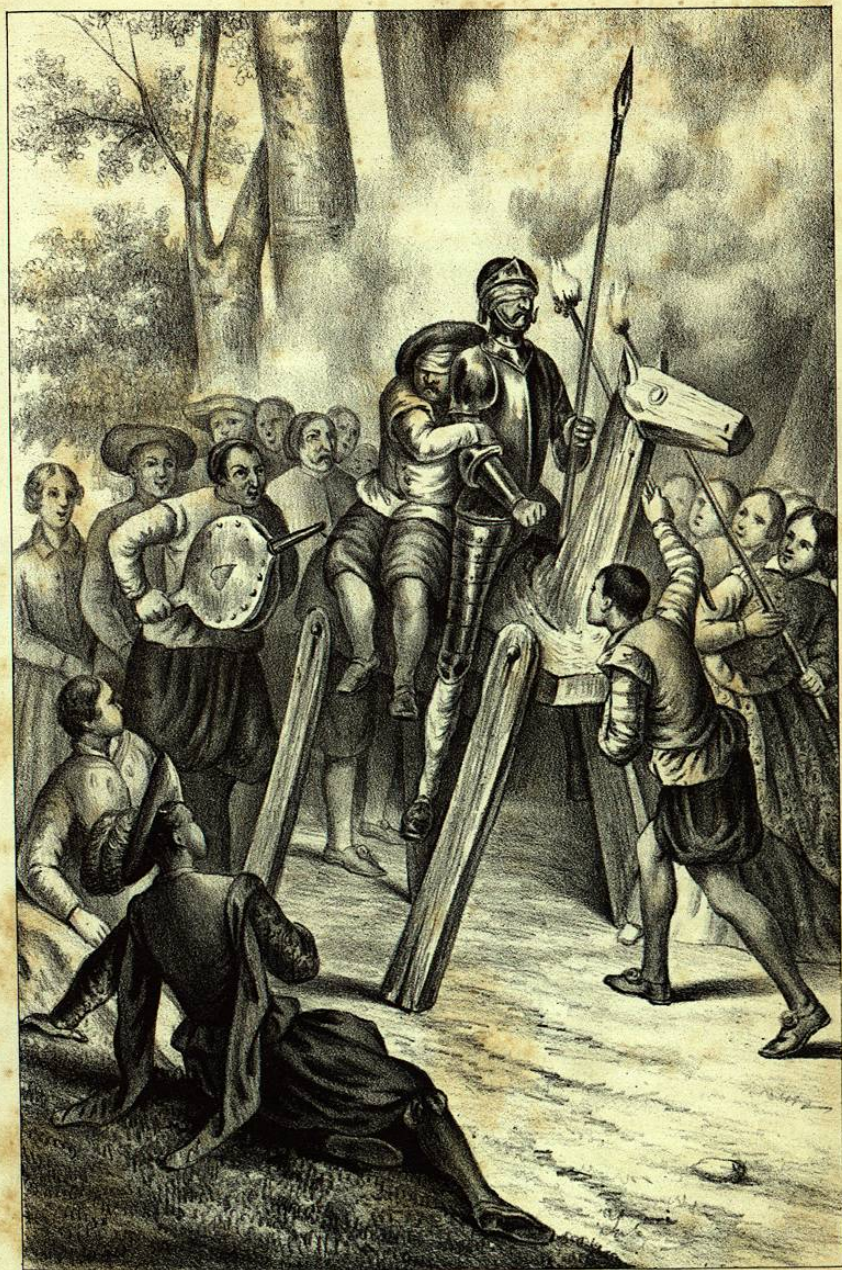
Peralvillo?¹ Cubriéronse, y sintiendo Don Quijote, que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:—Dios te guie, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con mas velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo:—Señor, ¿cómo dicen estos, que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros?—No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas, y en verdad que no sé de qué te turbas, ni te espantas, que osaré jurar, que en los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.—Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar Don Quijote, dijo:—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region: y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos. En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dijo:—Que me maten, si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.—No hagas tal, respondió Don Quijote, y

¹ Lugar junto á Ciudad-Real, camino de Toledo, donde la Santa Hermandad hacia ajusticiar á los malhechores de los contornos.—Clemencin.

acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto, el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: así que, Sancho, no hay para que descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla, por mas que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme, que debemos de haber hecho gran camino.—No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir, que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: y queriendo dar remate á la estraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con estraño ruido, y dió con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas y la Trifaldi y todo: y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mesmo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente, y creció mas su admiracion, cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El inclito Caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida y compañía con solo intentarla.

Malambruno se dá por contento y satisfecho á toda su volun-



tad, las barbas de las Dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes Don Clavijo y Antonomasia en su pristino estado, y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, Protoencantador de los encantadores.

Habiendo pues Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo:—Ea, buen señor, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mesmo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el mas buen caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia; pero dijéronle, que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas con la Trifaldi habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.—Preguntó la Duquesa á Sancho, que cómo le habia ido en aquel largo viage. A lo cual Sancho respondió:—Yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo que tengo no sé que briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hácia la tierra, y parecióme, que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debiamos de ir entonces. A esto dijo la Duquesa:—San-

cho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.—Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito y la ví toda.—Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira.—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creará vuesa merced como, descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además, y sucedió, que íbamos por parte donde están las siete cabrillas¹, y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasivamente me apée de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque:—¿en qué se entretenía el señor Don Quijote? A lo que Don Quijote respondió:—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir, que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí, no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.—Ni miento ni sueño, respondió Sancho, sino pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.—Dígalas pues, Sancho, dijo la Duquesa.—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las

¹ Constelacion formada de siete estrellas que se hallan juntas en el signo de Tauro. Segun la fábula, son las siete hijas de Atlante.

dos azules, y la una de mezcla.—Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores.—Bien claro está eso, dijo Sancho, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.—Decidme, Sancho, preguntó el Duque, ¿visteis allá entre esas cabras algun cabron?—No señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera: y llegándose Don Quijote á Sancho, al oido le dijo:—Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo mas.

